

# RAP DEL VAMPIRO

Liliana Cinetto

ILUSTRACIONES DE Juan Chavetta



# RAP DEL VAMPIRO

**Liliana Cinetto**

ILUSTRACIONES DE **Juan Chavetta**

GRUPO EDITORIAL PLANETA

**A**llí, en el corazón mismo de la oscura Transilvania, en el más lúgubre y sombrío de todos los castillos, una fortaleza que se alzaba al borde de precipicios sin fin y de bosques plagados de lobos hambrientos, allí vivía él.

Emparentado (por vía materna) nada más ni nada menos que con el propio conde Drácula, sus ancestros llevaban siglos y siglos sembrando el terror entre los pueblos vecinos y asustando a los viajeros desprevenidos que se atrevían a atravesar la región.

Por eso, cuando se conoció la noticia de su llegada al mundo, la gente de los alrededores se horrorizó y tembló espantada: con él nacía una nueva generación de vampiros, una nueva estirpe de bestias sanguinarias. Su destino estaba trazado. Continuaría el camino de sus



temibles parientes: perseguir para siempre a los seres humanos y beber su sangre, fuente de toda vida y de eterna juventud. De ahí en adelante, la sola mención de su nombre causaría escalofríos. Lo conocerían como Vampy.

Bueno, en realidad, se llamaba Rudolph Vladislao Demetrio Boris Vladimir Fiodor Alexei Mihael Stradivarius Antón Igor Nicolăescu Teodor Atanasiu Yuri Vasili Dracul Sangrientis. Pero él insistía en que le dijeran Vampy.

–Más corto.

Sus padres accedieron sin poner objeciones. Al fin y al cabo, mientras Vampy fue pequeño, solo era motivo de orgullo para su familia: mejor promedio en la escuela de vampiros, primer premio en Olimpíadas de mordida de cuello, campeón nacional de vuelo nocturno... Tenía todos y cada uno de los atributos para ser el más deleznable y el más feroz de su raza: carcajada tenebrosa, colmillos largos y afilados, ojos inyectados en sangre, mal aliento, olor a transpiración, hongos en los pies...

Pero cuando comenzó la adolescencia las cosas cambiaron. Vampy parecía estar siempre de mal humor. Prácticamente no hablaba con su familia y, cuando lo hacía, apenas abría la boca por lo que no se le

entendía ni una palabra. O usaba solo monosílabos y onomatopeyas:

–Sí, no, bien, mal, ufa, bah, eh, y...

O gruñía sonidos que nadie comprendía.

No les contaba nada a sus padres de lo que hacía con sus amigos. Tampoco respondía sus preguntas. Y si le insistían, contestaba de mal modo.

Por si esto no fuera suficiente, Vampy ya no quería salir de noche con su familia.

–Me aburro con ustedes –se quejaba–. Prefiero ir un rato al cementerio con los chicos.

Poco a poco, Vampy se fue volviendo más y más y más rebelde. No les hacía caso.

–Nene, andá al ataúd ya mismo que está amaneciendo –le ordenaba el padre furioso.

Y él, nada. Se quedaba hasta altas horas del día encerrado en la catacumba sin dormir.

–Nene, haceme el favor, no salgas a pleno rayo del sol que te va a hacer mal –le ordenaba la madre desesperada.

Y él, nada. Se ponía pantalla solar factor 65 y anteojos oscuros y andaba de acá para allá como si tal cosa.



–Nene, bajá esa música que son las doce del mediodía y no podemos descansar –le suplicaban muertos de sueño.

Y él, nada. Aturdía a medio mundo con el equipo a todo volumen.

Los padres no le cuestionaron cuando decidió vestirse solamente con ropa negra ni cuando se hizo un tatuaje con forma de calavera en el brazo. Al fin y al cabo, esos eran detalles que contribuían a darle un aspecto siniestro y escalofriante. Sin embargo, cuando apareció de lo más campante con un arito en la ceja, pusieron el grito en el cielo.

–¡Dónde se ha visto un vampiro con piercing! Eso no es serio. Si al menos te lo hubieras puesto en la oreja, pero ahí...

–Ustedes no me entienden –gritaba Vampy y cerraba de un golpe la tapa de su ataúd.

Los problemas aumentaban. El colmo de los colmos fue el tema de la comida.

–¡Ya estoy harto! Siempre lo mismo para comer, esta sangre no me gusta porque RH positivo. Prefiero una hamburguesa con papas fritas...

–No, señor, eso no es alimento –se indignaba el padre.



–Bueno, entonces quiero pizza de jamón y mozzarella –lo desafiaba Vampy.

–Qué pizza de jamón y mozzarella ni qué ocho cuartos. Te vas ya mismo a morderle el cuello a alguien y no vuelvas hasta que le hayas bebido hasta la última gota de sangre. ¿Me escuchaste?

No lo escuchaba. Se había puesto los auriculares.

Y es que con la tecnología las cosas empeoraron todavía más.

Allí estaban todos juntos, agazapados en la oscuridad, acechando a un humano que se acercaba indefenso y desprevenido, aguardando el momento exacto para atacarlo y clavarle los colmillos y entonces, en medio del silencio, se oía:

*We are the champions, my friends*

*And we'll keep on fighting till the end.*

*We are the champions.*

*We are the champions.*

*No time for losers*

*cause we are the champions of the world...*